

**Eje académico sugerido:**

*4. Luchas populares, sindicalismo y movimientos sociales*

**Autora:**

*Barrera, Analé.*

**Inscripción institucional:**

*PROIEPS-UNCPBA-CONICET.*

**Título de la Ponencia:**

*“El problema de la conceptualización de los sectores más empobrecidos de la sociedad y sus prácticas políticas. Un análisis a partir de los estudios de Auyero e Iñigo Carrera sobre los saqueos de 2001”.*

**RESUMEN:**

Los altos niveles de pobreza y desocupación, particularmente hacia fines del siglo pasado, reforzaron el debate sobre la conceptualización de un sector de la población que crecía: *los “vulnerables”, los “marginales”, los “excluidos”*. De la mano de la pregunta *¿quiénes son?* se plantean otras: *¿qué hacen?, ¿cómo (sobre)viven?, ¿cómo se organizan?*

En el presente trabajo, haremos una reseña de este debate; deteniéndonos en el análisis de un hecho en particular: los saqueos que tuvieron lugar en el marco de la crisis de 2001 en Argentina. *¿Cómo caracterizar estos hechos? ¿Quiénes participaron? ¿En qué condiciones se encontraban? ¿Qué motivaciones o intenciones tenían? ¿Cómo conceptualizarlos/explicarlos?, ¿Constituyen formas de protesta social/organización colectiva?*

Consideramos que estos interrogantes remiten a problemas de conocimiento más amplios ligados a las formas de organización, prácticas políticas y estrategias de supervivencia de los sectores más empobrecidos de la sociedad. En este marco, tomaremos centralmente los estudios realizados por dos reconocidos autores ligados a diferentes perspectivas teóricas: Javier Auyero y Nicolás Iñigo Carrera. El primero es un sociólogo que se ha dedicado a estudiar la etnografía de las prácticas políticas de los pobres y su participación en redes clientelares; haciendo especial hincapié en la dimensión simbólica de las relaciones entre actores. En el caso de los textos tomados para el análisis, se constata un exhaustivo trabajo de campo a partir de la realización de observaciones, charlas informales y entrevistas en

profundidad. Su trabajo es influido por las visiones de intelectuales como Tilly, Bourdieu y Waquant. El segundo, es un historiador que ha estudiado y estudia el movimiento del conflicto social en Argentina desde la perspectiva marxista. El PIMSA, centro de investigación donde participa, realiza desde comienzos de los '90 un relevamiento sistemático de los “hechos de rebelión” a partir de diarios nacionales. La clasificación resultante le permite observar actores y formas de organización, entendidos en el contexto de cierta disposición de fuerzas objetivas. En este sentido, considera tanto la “posición y función” de los sujetos en la estructura socio-económica, como sus acciones en el marco de una correlación de fuerzas determinada.

Una vez expuestos los planteos de ambos, pasaremos a analizar sus supuestos con la intención de identificar tesis, conceptualizaciones y explicaciones. Esto no implicará una comparación “aséptica”, sino que pretendemos ponerlos en discusión, procurando establecer en su justa medida los aportes que cada uno hace al estudio de las prácticas y formas de organización del sujeto social en cuestión.

De esta manera, a partir del análisis de un hecho particular y tomando el trabajo de los autores mencionados, intentaremos dar cuenta del debate general sobre la inserción de estas poblaciones en la estructura social y las modalidades de organización colectiva que encarnan.

Con el objetivo de aportar a este debate, colocaremos hacia el final conclusiones y nuevos interrogantes.

## **1. Consideraciones preliminares.**

El presente análisis parte de entender que el concepto de “clase trabajadora” hace referencia a aquel sector de la población compuesto por “...los expropiados de sus condiciones materiales de existencia, es decir de todos aquellos que no pueden reproducirse más que entregando su fuerza de trabajo para poder obtener sus medios de vida bajo la forma del salario”. (Iñigo Carrera y Podestá, 1997: 4). Esta categoría ha sido fuertemente cuestionada, especialmente en el clima de época dado por el neoliberalismo, que en el plano ideológico estuvo marcado por la idea del fin de la historia” y la naturalización del capitalismo única sociedad posible.

Es en este marco que, ante el “derrumbamiento de la sociedad salarial” (en palabras de Robert Castel), se multiplican situaciones de desigualdad y explotación. Esta situación evidencia la existencia de grupos y sectores sociales que pasan a ser llamados de diversas maneras: son los *marginados, marginales, supernumerarios, vulnerables, excluidos*. Al respecto, nos preguntamos: *¿quiénes son?, ¿qué hacen?, ¿cómo comprender su presencia y acciones colectivas en el movimiento socio-histórico?* Estos interrogantes serán la puerta de entrada para esbozar ciertos puntos para el análisis de las formas de supervivencia y organización colectiva de la población pobre en la Argentina contemporánea a partir de las investigaciones que Auyero e Iñigo Carrera hicieron sobre los saqueos de 2001.

### **1.1. El debate en torno a la situación de la clase trabajadora. Argentina: 1970-2000.**

Ante el proceso de aumento de los índices de desempleo y multiplicación de situaciones de precariedad y empobrecimiento, especialmente evidente en la década de los '90 y agudizado en el contexto de la crisis del 2001; tanto en el debate teórico como político, se planteó con fuerza la idea de que la clase trabajadora y el movimiento obrero habrían perdido centralidad en la sociedad. Esta situación habría marcado el surgimiento de *nuevos sujetos sociales* y de *nuevas herramientas de “acción colectiva”*.

El discurso de la “desaparición de la clase obrera” se despliega en verdad desde la década de los '70, como una de las expresiones de la ofensiva capitalista que significó la instalación del neoliberalismo, en este caso, en el campo intelectual. En nuestro país, dicho discurso se vinculó primero a una supuesta caída en el nivel de asalariados y luego, a fines de los '90 y principios de 2000, a los altísimos niveles de desempleo y pobreza. En ambos casos, parten de identificar “clase obrera” a la categoría censal “asalariado” o a los trabajadores asalariados de la rama industria manufacturera (Iñigo Carrera, 2009), desconsiderando otros sectores que, de acuerdo a la noción que plantemos en un comienzo, serían contemplados por esta categoría.

En función de caracterizar los movimientos de la clase trabajadora en las últimas décadas, Iñigo Carrera (2009) se detiene en el análisis de una de sus fracciones: el proletariado industrial, describiendo un notable decrecimiento relativo desde los '60 hasta 2001.

Para poder observar el movimiento desde 1960 debemos hacer una aproximación menos precisa y considerar a los asalariados (no todos son obreros) de las ramas industriales. En 1960 eran 1.907.862, en 1980 2.065.501, en 1991 2.097.263 y en 2001, 1.530.075. Es decir que hasta la década de 1990 crecieron levemente en términos absolutos y desde los '90 perdieron una cuarta parte de su número, número que probablemente recuperaron a partir de 2003, con la reactivación económica. Si es evidente su decrecimiento relativo dentro del conjunto de los asalariados ocupados: 36,7%, 28,9%, 26,3% y 20% según los datos censales: de constituir más de un tercio del total de los asalariados ocupados en 1960 pasaron a ser una quinta parte en 2001, después de cuatro años de recesión en plena crisis económica. Más drástica es su disminución si se los compara con el total de los asalariados ocupados y desocupados (mejor aproximación al proletariado) en 2001: 12,7%. (Iñigo Carrera, 2009: 125)

En el marco del análisis de estos datos, el autor identifica el crecimiento del sector que Marx llamó “superpoblación relativa” como una de las características del período:

Esto nos permite observar que la caída en término relativos del proletariado industrial no sólo está mostrando una disminución en su número sino, más aún, el crecimiento de otras capas y fracciones de la clase obrera, y sobre todo de la parte de ella que constituye una *población sobrante* para las necesidades del capital. Ésta es la principal transformación que ha sufrido la clase obrera argentina en las tres últimas décadas: el cambio en las proporciones entre las dos partes que la componen, la parte activa y la parte que, bajo diferentes modalidades, resulta sobrante para las necesidades del capital. Ha crecido la superpoblación relativa (sobre todo en su *modalidad estancada o intermitente*), aunque la reactivación económica posterior a 2003 la oculte parcialmente. (Iñigo Carrera, 2009: 125)

Los niveles de pobreza y desempleo hacia fines de siglo XX y comienzos del presente, ciertamente constituyeron expresiones de profundos cambios en la sociedad. Ahora, consideramos que hacer hincapié en lo *novedoso* termina por desconsiderar el proceso histórico y la situación en la que dichas manifestaciones se desarrollan y encuentran su explicación.

A partir de los elementos planteados, consideramos que “los pobres” forman parte de la clase trabajadora y, específicamente, de la población excedente a los fines del capital.

La definición de ‘pobreza’ utilizada habitualmente en el discurso político y académico está construida desde perspectivas teóricas diferentes de la que asumimos y se mide por ‘condiciones de vida’ (...), que remiten al consumo. Desde nuestra perspectiva el pobre es el proletario, es decir el expropiado de sus condiciones materiales de existencia, que, al no poder obtener total o parcialmente sus medios de vida bajo la forma del salario, ha sido despojado hasta de la posibilidad de su subsistencia. El ‘pobre’ se diferencia del resto del proletariado porque se trata de dos estados diferentes del cuerpo: mientras el proletario no pobre está despojado de sus condiciones materiales de existencia, el pobre está despojado

hasta de la posibilidad de su existencia misma.” (Iñigo Carrera, Cavalleri y Murrini, 2010: 130)

En tanto el pobre se distingue del resto de la clase trabajadora por no tener garantizada la propia supervivencia, se coloca junto a la pregunta por su surgimiento, la de su supervivencia: ¿cómo sobrevive aquel sector de la población que, expropiado de sus condiciones de existencia, no logra vender su fuerza de trabajo a cambio de un salario?

En esta línea de problematización, retomamos a Hintze quien entendiendo que “Cuando la gente opta lo hace dentro de condiciones sociales que determinan objetivamente las consecuencias de sus actos, por medio de la propia experiencia y conocimiento de las relaciones sociales (...) y desde sus condiciones reales de vida” (Hintze, 2004: 3), plantea la necesidad de vincular la pregunta por la supervivencia de los sectores más empobrecidos de la sociedad al interrogante por su génesis y desenvolvimiento en la misma.

La pregunta ¿cómo se reproducen los sectores populares? debería ser complementada con otra: ¿cómo se relacionan las condiciones de reproducción de estos sectores con la reproducción de la sociedad en su totalidad? (...) Desde esta perspectiva, la pregunta por la reproducción no se detiene en el análisis de las estrategias de los individuos, familias o grupos por sí mismos. Se interesa por la forma en que su reproducción es resultado, pero a la vez, se revierte sobre el funcionamiento global de la sociedad, en términos que no son sólo económico-sociales sino también políticos. (Hintze, 2004: 3)

Este interrogante sugiere otros, por ejemplo: *¿Cómo se relacionan las estrategias de supervivencia con las prácticas políticas de los pobres? ¿Qué conciencia y subjetividad se construyen?*

## **2. Los análisis de Auyero e Iñigo Carrera. El debate sobre las prácticas políticas de la población pobre.**

Hasta aquí, nos hemos limitado a presentar un “punto de partida” y a colocar ciertos nudos problemáticos que motivan el análisis de las investigaciones que Auyero e Iñigo Carrera hicieron sobre los saqueos de 2001. Los trabajos de dichos autores plantean elementos para comprender no sólo los saqueos de 2001 en sí, sino también las características del conflicto social en el actual contexto.

## **2.1. Auyero: etnografía de los fenómenos de protesta de los pobres.**

Auyero entiende que los saqueos constituyen episodios de “violencia colectiva”. Este término es acuñado por Tilly, quien la define como ““interacción social episódica que inflige daño físico inmediato a personas u objetos contra resistencia o dominio, que involucra al menos dos autores del daño, [y] es resultado, por lo menos en parte, de la coordinación entre personas que llevan a cabo los actos dañinos”” (Tilly, 2003: 3; citado en Auyero, 2007: 26). De acuerdo al autor, hechos de este tipo se presentan en diversos contextos: “Las explosiones extraordinarias de violencia colectiva no son necesariamente monopolio de países subdesarrollados como la Argentina. Durante las últimas dos décadas, los episodios de descontento público, en forma de saqueos masivos y disturbios, también han conmovido a las sociedades avanzadas” (Auyero, 2007: 27).

Asimismo, considera que existe una continuidad entre la política cotidiana y la violencia colectiva, proponiéndose examinar la participación de las redes clientelares en los saqueos de diciembre de 2001 y analizar “la intersección y la interacción entre la política partidaria y la violencia popular” (Auyero, 2007: 26). En la siguiente cita, podemos identificar con claridad las intenciones del autor y dónde coloca su mirada:

Mi análisis, (...) presta mayor atención a las acciones y opiniones de los autores concretos de la violencia antes, durante y después de los episodios, para analizar: a) los micromecanismos y procesos que generan la destrucción masiva; b) la comprensión de las políticas de la violencia por parte de los autores de los daños; y c) las maneras en que los participantes explican (y justifican) sus propias acciones violentas (Auyero, 2007: 40).

El autor se propone analizar las relaciones entre saqueadores y de estos con punteros políticos y agentes de policía; observando la dinámica interna de los hechos y priorizando la dimensión simbólica. En este marco, recurre a la categoría de “zona gris”, que permitiría superar dicotomías (en este caso, entre lo legal y lo ilegal; entre lo cotidiano/“normal” y lo extraordinario)

En cuanto enfocamos la atención empírica en la dinámica del saqueo, y en los mecanismos y las redes que tuvieron un papel en su elaboración, comenzamos a detectar la existencia de una zona gris en la que las distinciones analíticas que la literatura sobre la acción colectiva da por supuestas (entre funcionarios de gobierno, fuerzas represivas, opositores, miembros de organizaciones políticas, etc.) se desploman (Auyero, 2007: 41).

De esta manera, el autor se refiere a la definición de su objeto de estudio: “Si bien el objeto *empírico* es el pico de violencia colectiva durante el mes de diciembre de 2001, el objeto *analítico* es un área, particularmente importante durante los saqueos pero también

fundamental en la política partidaria, en la que los hechos y las redes de actores políticos y funcionarios policiales se encuentran y se mezclan” (Auyero, 2007: 48).

El diseño metodológico se estructura a partir del análisis sistemático de fuentes secundarias (diarios nacionales, provinciales y locales, informes periodísticos) sobre los saqueos de 2001 a nivel nacional. Para realizar esta recolección de datos se consideró que “un episodio de saqueo era la actividad de dos o más personas que: a) se apoderaban a la fuerza de objetos a pesar de los impedimentos o la resistencia, o b) intentaban apoderarse de objetos pero encontraban resistencia o impedimentos efectivos” (Auyero, 2007: 43).

Asimismo, realiza un rico trabajo de campo en zonas delimitadas pertenecientes a Moreno y La Matanza, que consiste en entrevistas en profundidad a quienes participaron de los saqueos, testigos, comerciantes, funcionarios y dirigentes políticos.

A partir del análisis de las fuentes secundarias, el autor confecciona mapas que marcan la distribución geográfica de los saqueos. “Los saqueos variaban en cuanto a su ubicación, la cantidad de participantes, el tipo de negocio atacado y la presencia de policía y punteros políticos entre la multitud. Como los mapas lo indican con claridad, los saqueos tuvieron una distribución irregular en términos geográficos generales...” (Auyero, 2007: 107).

El autor identifica como sujeto que lleva adelante los saqueos a los “pobres urbanos”, sin dedicarse específicamente a su conceptualización. En cuanto al desarrollo de los episodios, se considera como clave la difusión y los lazos interpersonales entre “saqueadores”: “Casi todos nuestros entrevistados recuerdan haber visto a alguien corriendo por los pasillos o las calles llevando la noticia. En otras palabras, la difusión de la información se produjo tanto a través de lazos interpersonales como a través de canales indirectos e impersonales. La difusión relacional y la no relacional se refuerzan mutuamente” (Auyero, 2007: 135).

De esta manera, el *grupo de saqueo* habría sido conectado de antemano lo que da cuenta de la importancia de las relaciones personales de quienes saquean (vecinos, familiares, amigos), pudiendo ser también un indicio de *otro tipo* de conexiones previas: “Lo que parece ser común en muchos de estos episodios es que ‘la multitud’ estaba, en efecto, compuesta por *grupos* pequeños que llegaban *al mismo tiempo* al sitio de saqueo, lo que da credibilidad a los argumentos teóricos sobre las conexiones existentes entre participantes en acción conjunta, destructiva o no” (Auyero, 2007: 126).

Aquí se introduce la participación de otros actores: los punteros políticos del Partido Justicialista (PJ).

Aunque algunos punteros peronistas podrían haber promovido los saqueos reclutando a sus seguidores, su principal accionar (por lo menos, para el que tengo las mejores pruebas) parece haber sido el siguiente: difundieron la noticia relacionada con la inmediata oportunidad de saqueo. (...) A diferencia de los pedidos de alimentos organizados por los piqueteros al principio de la semana, los punteros peronistas no llevaron a sus seguidores a los negocios, ni podían controlar su accionar. Sin embargo, hicieron algo clave: hicieron correr la voz sobre la ubicación del saqueo. Simplemente hicieron correr el rumor en toda la comunidad (Auyero, 2007: 157).

La reputación de los “punteros políticos” como proveedores de alimentos, habría fundamentado la difusión de la información entre los vecinos de enclaves de pobreza que actuaron a partir de la misma, reuniéndose delante de los negocios señalados. El encuentro ante éstos de personas pobres que necesitan con urgencia de la distribución de alimentos junto a ciertas “señales” puede desenvolver el hecho de “violencia colectiva”.

Cuando cientos, y a veces miles, de personas desesperadas que creen que se van a distribuir alimentos de manera inminente, se reúnen delante de negocios no custodiados, ciertos hechos menores incontrolables (como el accionar de pequeños delincuentes, tal vez, de algún que otro puntero) entonces determinan el desarrollo, o no, de la violencia colectiva. Junto con la convalidación que las autoridades públicas dieron a la violencia (...) podemos también detectar el funcionamiento de otro mecanismo que se considera fundamental en episodios de violencia colectiva: el espiral de señales (Auyero, 2007: 158).

Por otro lado, también se refiere al rol que tuvieron los agentes de policía, quienes habrían sido simples testigos de los saqueos de los pequeños comercios, conteniendo y reprimiendo (selectivamente) los intentos de saqueos a las grandes cadenas de supermercados: “la mayoría de los dueños de negocios (aquellos que fueron saqueados y aquellos que se salvaron de la violencia) y vecinos (saqueadores o espectadores) creen que esto fue intencional, lo que demuestra el carácter ‘político’ de los saqueos... Dejando de lado las interpretaciones, una cosa es clara: la acción policial fue efectivamente despareja, y se orientó a los mercados más grandes” (Auyero, 2007: 112).

En este sentido, reconoce “una suerte de conexión entre la presencia de punteros del partido y la ausencia virtual (o inacción) de la policía en los saqueos de los pequeños negocios. Esta conexión: a) dirige la atención a la existencia de la zona gris de la política y b) destaca a continuidad entre la política rutinaria y la violencia colectiva” (Auyero, 2007: 118).

Auyero sostiene que es necesario profundizar en el análisis del “universo moral” de los saqueadores, al observar ciertas contradicciones en el discurso cuando se hacía referencia a



los dueños de los negocios saqueados (compasión, arrepentimiento y justificación). A propósito, vale destacar la existencia de cierta *selección* de dichos negocios, lo que supondría la importancia tanto del factor residencia como de las *relaciones* en general: “Las relaciones dentro de la comunidad parecen haber jugado un papel importante en la canalización de la violencia. Quienes se salvaron del saqueo habían vivido en el barrio más tiempo, tenían lazos de larga data con residentes y líderes locales, y vivían junto a los negocios, de modo que podían protegerlos mejor” (Auyero, 2007: 141). En el siguiente fragmento, el autor sintetiza una caracterización de los episodios:

Hasta ahora he realizado y leído docenas de entrevistas con saqueadores, saqueados y testigos presenciales. (...) ahora ya sé que el saqueo fue una empresa conjunta (la mayoría de la gente fue con un pariente o un amigo...); que la gente se enteró de lo que estaba ocurriendo cerca de su casa más a través de los vecinos que por la televisión (...); que había una ‘vanguardia de saqueo’ (aquellos que (...) tomaron la iniciativa y rompieron las puertas metálicas); que hubo una suerte de secuencia (primero tomaron alimentos, luego otros artículos) en la destrucción; que hubo alguna participación de activistas partidarios; que las multitudes eran muy heterogéneas (había muchos ‘pibes chorros’, como me dijeron tanto el ministro del Interior como docenas de vecinos); y que los rumores de ataques inminentes que vendrían desde barrios cercanos, hicieron que la gente se quedara en su casa (Auyero, 2007: 173).

El autor se pregunta acerca de la capacidad explicativa de la idea de “zona gris”, que recorre la totalidad de su investigación.

No hay manera de saber si la zona gris de la política (...) es la última causa de los saqueos. La violencia masiva que tuvo lugar en diciembre de 2001, sin embargo, echa luz sobre la existencia de un área de la política en que las dicotomías a las que la literatura sobre la acción colectiva todavía se aferra, parecen desplomarse: fuerzas represivas que no sofocan la violencia y que les dan una mano a los saqueadores o hacen la vista gorda a su accionar dañino, agentes estatales que aparentemente fomentan la violencia mientras hacen llamados a la paz, punteros políticos que dirigen con regularidad el patronazgo, pero por lo menos algunos de ellos instigan a sus seguidores a atacar negocios no custodiados. En todo el proceso, los rumores (...) fueron clave. Los punteros y los agentes de policía eran, aparentemente, su fuente principal (Auyero, 2007: 161).

De esta manera, Auyero coloca centralmente la atención en las interacciones e intenta explicar los fenómenos a partir de su descripción, dando centralidad al rol de los punteros políticos (junto a dirigentes de mayor importancia del arco político del PJ) y de la policía, priorizando la observación de las intersecciones entre *lo legal/lo ilegal*.

Así, su preocupación consiste en conocer *cómo* se estructuran y desarrollan, en este caso, los episodios de saqueos en diciembre de 2001. De esta descripción, se derivaría la

explicación: “Los buenos análisis dependen de una minuciosa (y la mejor que me fue posible lograr) reconstrucción. El porqué de la violencia colectiva (y de la zona gris) está en el cómo” (Auyero, 2007: 49). En este sentido, agrega: “Si mi descripción de la dinámica de la violencia colectiva es adecuada, el lector debería poder llegar a una explicación retrodictiva” (Auyero, 2007: 74).

Más allá del desarrollo interno de los episodios estudiados, debe aclararse que si bien el autor sostiene que los mismos se presentan en diferentes contextos, también se preocupa por ubicarlos en un escenario social determinado. Es en este sentido, que los saqueos son entendidos en el marco de las *nuevas formas de protesta social* que se habrían instalado en la década del ‘90, en un contexto marcado por el “hiper-desempleo y pobreza”, la “negligencia del Estado” y la “descentralización” (Auyero, 2004: 167).

El fenómeno de los saqueos y «Cacerolazos» de diciembre del 2001 indudablemente se erigirá como uno de los mayores acontecimientos de la historia contemporánea de Argentina. Pero ni los medios ni los significados de los episodios de diciembre del 2001 fueron completamente nuevos. Éstos fueron precedidos por centenares de (más o menos violentas y más o menos masivas) protestas a lo largo del país durante la década de 1990 (Auyero, 2004: 162).

Nombra a estos hechos “protestas desde abajo”, proponiéndose explorar “los orígenes, formas y culturas de protesta en la Argentina contemporánea” (Auyero, 2004: 162). De esta manera, parte de dar una fundamental importancia al carácter de *novedoso* y *no convencional* de la protesta popular en nuestro país. Asimismo, entiende a episodios como los saqueos en el marco de un determinado “ciclo de acción colectiva”, tomando las palabras de Tarrow (1998): “Durante las dos décadas anteriores, nuevas y poco convencionales formas de lucha popular transformaron a la Argentina en un verdadero escenario de protesta violenta (Auyero, 2002).” Entre estas formas, incluye: asedios y ataques a edificios públicos, cortes y barricadas en rutas nacionales y provinciales, sentadas en las plazas principales en distintos puntos del país.

Aún estamos lejos de saber qué pasó exactamente en diciembre del 2001. Los asaltos, por un lado, se mantienen en un terreno desconocido para los científicos sociales (...) Hay muchas cosas que aún no sabemos de los episodios de diciembre del 2001. Pero hay algunas cosas que sí. Sabemos, por ejemplo, que las formas de protesta fueron notablemente «novedosas». (...) éstas fueron precedidas por una década inundada de protestas. También tenemos conocimiento, (...) que el deterioro de la economía tiene una influencia crucial en los asaltos y «Cacerolazos», pero que ésta no determinó enteramente la forma en que se dieron las protestas. (...) si bien el contexto estructural afecta a la protesta, el entorno local también influye a través de las redes asociativas, las estructuras

movilizadoras, los cambios de alianzas políticas, las rutinas políticas existentes y – con un especial interés – la experiencia colectiva de los actores que realizan la protesta (Auyero, 2004: 182).

Con estas afirmaciones, el autor sugiere la necesidad de *nuevos análisis y enfoques* para poder aprehender el significado de las *nuevas formas de protesta social*.

## **2.2. Iñigo Carrera: conceptualización de los hechos de rebelión en una escala y ciclo de lucha.**

Iñigo Carrera (2008) explicita el punto de partida teórico del análisis de las luchas populares como el conocimiento acumulado para el análisis de la rebelión, que no se trata de “supuestos”, sino que surge de la investigación de la realidad.

Los instrumentos referidos encuentran su asiento en la teoría social clásica, pero su aplicación a una situación específica requiere realizar precisiones y articulaciones entre ellos, en la misma medida en que las leyes (tendencias), propias de la sociedad capitalista, aparecen modificadas en mayor o menor grado cuando se analizan situaciones concretas (Marx, 1973: 546): es necesario avanzar desde las “relaciones generales abstractas determinantes” hacia “lo concreto” como “síntesis de múltiples determinaciones” (Marx, 1968). (Iñigo Carrera, 2008: 81)

Con respecto a la definición del sujeto que participa de estas luchas, sostiene que “los conjuntos humanos se mueven detrás de metas e intereses que no son puro producto de su voluntad: existen condiciones que determinan la existencia misma de esos grupos y, sobre esa base, sus metas e intereses” (Iñigo Carrera, 2008: 82). El autor destaca la reproducción de la vida material como una dimensión fundamental en cualquier análisis, lo que no implica reducir la Historia al movimiento económico. Las relaciones políticas, jurídicas y culturales a la vez expresan y operan sobre la reproducción material; por lo cual “ambos conjuntos de relaciones (materiales y no materiales) deben ser considerados en su movimiento, que no es sincrónico ni lineal sino contradictorio, con cambios cuantitativos que devienen cualitativos” (Iñigo Carrera, 2008: 82). En este sentido, el autor plantea la distinción entre “grupos sociales fundamentales” y “clases sociales”: “La sociedad, atendiendo a la reproducción de la vida material, se encuentra formada por grupos sociales fundamentales (en los que pueden delimitarse fracciones y capas) que se constituyen plenamente en clases sociales en los momentos en que toman conciencia de sus intereses

(inmediatos o históricos) en confrontación con otras clases sociales” (Iñigo Carrera, 2008: 82).

De esta manera, entendiendo que las clases se constituyen en el proceso de la lucha, la mirada se coloca en los enfrentamientos sociales.

Si se trata de observar la confrontación entre las clases sociales (...), es fundamental observar las estrategias que se dan, en un momento histórico determinado, las distintas clases sociales. El ordenamiento en los enfrentamientos sociales permite descubrir la meta y el camino que se ha dado una clase social en determinado momento histórico.

En todo momento existe algún tipo de conducción, explícita o no, de la lucha: en la medida en que no hay actividad humana que no pase por la conciencia de los que la protagonizan, los que luchan lo hacen con una determinada conciencia de sí y del mundo que los rodea (Gramsci, 1984). (...) dentro de una misma clase existen grados de conciencia distintos, que se vinculan con aspectos parciales o totalizadores de su situación, y por ello con intereses inmediatos parciales o intereses que hacen a su totalidad como seres humanos (...) (Iñigo Carrera, 2008: 85).

Las estrategias de los expropiados en diferentes momentos históricos necesitan que se establezcan alianzas con fracciones sociales de otras clases, en función de construir una “fuerza social” que le permita realizar su interés. Al respecto, el autor hace una aclaración para luego plantear el problema de fondo:

En la fuerza social cada fracción o clase puede tener su estrategia, pero la fracción o clase dirigente de la alianza lo es porque ha logrado presentar su interés como el interés del conjunto. Y según la fracción o clase dirigente en la alianza será el interés que se realice. Descubrir cuál sea la forma de conciencia, determinar el grado de autoconciencia y organización alcanzado, lo que se expresa en el interés que defiende y en la meta que se propone, y cuáles son las alianzas que para ello establece, constituyen el problema a resolver. Por eso, un problema planteado en nuestra investigación fue en qué medida se formó una fuerza popular entre 1993 y 2001 (Iñigo Carrera, 2008: 86).

En esta línea de razonamiento, luego de preguntarse acerca de las características que asumiría una “fuerza social popular”, Iñigo Carrera afirma que su existencia “en el campo de las relaciones políticas, cualquiera sea el momento de su constitución en que se encuentre, nos obliga a determinar las relaciones de fuerzas existentes en la sociedad: desde la relación de fuerzas sociales objetiva hasta la relación de fuerzas políticas inmediata (Gramsci, 1981)” (Iñigo Carrera, 2008: 86).

Este punto de partida delimita, según Iñigo Carrera, el *objeto* de investigación: la rebelión. Este concepto sería más preciso que otros términos como “acción colectiva” y “conflicto” en tanto remite al antagonismo entre clases, y más abarcador que “protesta” y “lucha”, ya que contiene a ambas. Tomando a Engels, entiende que *rebelión* “constituye una escala que

toma distintas formas, desde ‘la más incivil e inconsciente forma’ (el robo, el delito común) (Engels, 1965: 209) hasta la insurrección” (Iñigo Carrera, 2008: 86).

Para investigar la rebelión, en este caso en el ciclo que se abre en 1993 en Argentina, sería necesario un registro sistemático de cada uno de los hechos que la constituyen.

A partir de dicho registro, construimos las distribuciones que hacen observables los rasgos de la rebelión y que nos permiten aproximarnos a algún grado de medición de las tendencias existentes en el proceso histórico investigado. Podrá objetarse que este tipo de registro y mediciones sólo posibilita llegar a resultados exclusivamente cuantitativos. Pero si se tiene presente la ley de la transformación de la cantidad en calidad, se puede intentar avanzar en el conocimiento del proceso histórico analizado a partir de conocer, por ejemplo, quiénes son los sujetos que más hechos realizan, de qué tipo de hechos se trata, cuáles son sus metas, si los hechos son realizados en conjunto por más de un sujeto, si existen solidaridades entre ellos, etcétera (Iñigo Carrera, 2008: 82).

Con respecto a los llamados “saqueos”, el autor entiende que los mismos constituyen manifestaciones del movimiento social que por su forma se asemejan a las propias de comienzos del capitalismo y, por ello, son consideradas “primitivas”<sup>1</sup>. La pregunta inicial es *¿por qué se presentan ahora [en un país como la Argentina, en el que las relaciones capitalistas se encuentran desarrolladas]?*

Iñigo Carrera parte de definir a los “saqueos” como “sucesión de hechos (...) que, en su mayoría, tienen como elemento común el expresar la imposibilidad, para una parte de la población, de obtener sus medios de vida dentro de la legalidad del sistema social vigente”, frente a otras posiciones que utilizan expresiones imprecisas –“estallido social”- o lineales –“complot”-.

Con estos elementos, pasemos ahora a abordar con mayor profundidad las manifestaciones de diciembre de 2001, que incluyeron a *los saqueos*; teniendo en cuenta que los mismos son considerados en el marco de un hecho de rebelión mayor, que se propone describir, periodizar y conceptualizar como *unidad*.

En tanto el problema que ordena esta investigación es el proceso de constitución de fuerza social popular, la delimitación del hecho parte de localizarlo con relación al proceso de la rebelión popular de la década del noventa. El 12 de diciembre las distintas fracciones sociales que habían participado de la rebelión se manifestaron simultáneamente en la calle contra la política económica del gobierno o contra el gobierno mismo, aunque todavía en forma separada. Pero a partir del 13 y hasta el 20 las distintas manifestaciones o formas protagonizadas por excluidos del poder político (huelga, saqueos, manifestaciones, cacerolazos, choques y combates callejeros) ya no

---

<sup>1</sup> Estas formas “primitivas” de protesta fueron estudiadas por autores como que han sido estudiadas por autores como Thompson, Rudé, Hobsbawn y Tiilly.

constituyeron hechos distintos yuxtapuestos, sino que se articularon. Por ello delimitamos el hecho entre el 13 y el 20 de diciembre (Iñigo Carrera y Cotarelo, 2006: 54).

La descripción se realiza atendiendo a las formas de la rebelión y de los sujetos que la llevan adelante, al tipo de metas planteadas –económicas/políticas- y a su desarrollo dentro o fuera de la institucionalidad.

En la investigación se delimitaron siete momentos: -las manifestaciones callejeras dispersas; -la huelga general articula la rebelión; -la lucha por reivindicaciones inmediatas (con cortes y manifestaciones callejeras) y saqueos; - la lucha económico-práctica de los asalariados deviene en combates callejeros; -los saqueos se convierten en revuelta con elementos de motín; - la manifestación de masas pacífica: el cacerolazo; y el combate de masas en el centro de Buenos Aires: la insurrección espontánea.

Los saqueos están presentes en la mayoría de los momentos identificados. El día jueves 13 (segundo momento) está marcado por la huelga general en reclamo de un cambio en la política económica, convocada por las entonces tres centrales sindicales CGT-Daer, CGT-Moyano y CTA que recibe una alta adhesión en todo el país. Además de los trabajadores asalariados de distintas ramas, la medida recibe un apoyo importante de la pequeña burguesía y de los pobres, y es rechazada por los dirigentes de partidos políticos mayoritarios. En este punto, los autores destacan el carácter articulador de la lucha de la huelga y la aparición de los primeros saqueos (en Mendoza y Río Negro).

Entre el viernes 14 y martes 18 (tercer momento), se presentan en distintos puntos del país saqueos y reclamos más o menos organizados de alimentos y/o pago de Planes Trabajar (en ocasiones, bajo amenaza de saqueo) ante instancias gubernamentales y supermercados, junto a otro tipo de manifestaciones callejeras.

Iñigo Carrera y Cotarelo realizan una crónica de los hechos, apuntando los espacios, objetivos, sujetos que llevan a cabo las acciones (pobres y desocupados, una parte de ellos organizada en movimientos sociales como los MTD). Asimismo, se observa el rol de la policía que alterna patrullaje en las calles, limitación a evitar desbordes (ej.: impedir el saqueo de bebidas alcohólicas), negociación entre manifestantes y supermercados (en casos de reclamo de alimentos), custodia de los grandes supermercados y represión. Al mismo tiempo, se da cuenta del comportamiento de los pequeños propietarios (cierre de los negocios y autodefensa) y de los dueños de supermercados (negociación con funcionarios).

Las situaciones aquí generalizadas se encuentran detalladas en el desarrollo de la descripción, consignando las especificidades de cada caso.

El miércoles 19 a la mañana (cuarto momento) estuvo marcado según los autores por los cortes de rutas, marchas y combates callejeros protagonizados por distintos actores, que incluye a pobres y desocupados organizados.

El mismo día y el jueves 20 (quinto momento) fue cuando los saqueos se extendieron y se convirtieron, según la conceptualización propuesta, en “revuelta con elementos de motín” (Iñigo Carrera, 2006: 62). Considerando el eje del trabajo, nos detendremos en este punto y en el desarrollo que lleva a tal definición.

Tal como se desprende del desarrollo hasta aquí presentado, los saqueos no son entendidos en sí mismos. En el siguiente fragmento, se plantea la *vinculación con lo político* y se ofrecen algunos ejemplos.

Antes de centrar la mirada en los saqueos, cabe señalar que, en el contexto del asalto masivo a comercios, se producen otras acciones también vinculadas a la imposibilidad de obtener alimentos por una parte de la población. Algunas de estas acciones, muy minoritarias en el conjunto de lo que ocurre en esos días, aparecen presentando un grado de vinculación con lo político, incluso con la acción de partidos políticos. Puede ser un reclamo de atención por parte del gobierno, como en Mendoza donde se concentran frente a comercios amenazando saquear y logran que los gobiernos provincial o municipales entreguen alimentos; o pueden ser expresiones de repudio a los políticos, como una pintada en Moreno que dice políticos de mierda, el rechazo a la intervención del Ministerio de Solidaridad en Córdoba o cuando, en el barrio capitalino de Constitución, decenas de desocupados e indigentes, después de apedrear hipermercados, cortan el tránsito al grito de *Queremos comer* e insultos al ministro del Interior, Ramón Mestre. Puede haber presencia de partidos políticos, punteros o caudillos como por ejemplo en Avellaneda (GBA), donde trescientos pobladores de la villa Luján, entre los que hay decenas de militantes cercanos a un ex intendente justicialista, se concentran frente a un supermercado de barrio, negocian durante tres horas y reciben un pan dulce cada uno. La presencia de partidos es claramente observable en San Juan y en Corrientes (...) (Iñigo Carrera y Cotarelo, 2006: 62).

Aquí se marca la superación de la necesidad meramente económica asociada a los saqueos a partir de la incorporación del *reclamo*, el *escrache* e incluso la *negociación*.

Los autores dan cuenta de los episodios de saqueos en distintas provincias, detallando si existen o no choques callejeros entre saqueadores y policías, el tamaño de los negocios saqueados, comportamiento de los pequeños comerciantes, cantidad de personas que participan, territorio, etc. Con respecto a la evolución de los saqueos en el tiempo, indican

que se inician el 13 y continúan hasta el 22, alcanzando su pico los días 19 y 20. En estos días, las acciones y objeto van mutando. Así lo resumen los autores:

En los diez días considerados en conjunto, las acciones se distribuyen principalmente contra pequeños negocios y supermercados de barrio (43,5%) e hipermercados, cadenas locales y depósitos (40,9%). Al comienzo, los reclamos de comida y saqueos se realizan ante los supermercados más importantes, muchos de capital extranjero; pero cuando se generalizan resultan afectados negocios de todo tamaño; debe tenerse en cuenta que los grandes supermercados están más protegidos por la policía que los pequeños; los supermercados extranjeros son los principales objetos de las acciones los primeros días, pero desde el 19 no se observa preferencia entre extranjeros y locales.

Las acciones ocurren sólo en áreas urbanas, tanto ciudades grandes como pequeñas, y se producen principalmente en las afueras o en barrios pobres. Las manifestaciones tienen más peso entre las acciones dirigidas contra los grandes supermercados que entre aquellas dirigidas contra negocios chicos. (...) El principal objetivo de las 584 acciones registradas es apoderarse y/o reclamar alimentos u otros productos básicos (51,5%) o bien productos en general (42,3%); el apoderamiento de dinero, aparatos electrónicos, bebidas alcohólicas o drogas es mínimo (5,5%); el resto (0,7%) corresponde a Otros (Iñigo Carrera y Cotarelo, 2006: 64-65).

A la vez, se refieren a la composición de los grupos de saqueadores y a su grado de organización: “Los grupos de saqueadores están formados por decenas, cientos y hasta miles de mujeres, hombres, niños, adolescentes y ancianos, con cierta distribución de tareas: los hombres y adolescentes fuerzan las puertas; mujeres, ancianos y niños ingresan y llevan los productos; los hombres cargan las mercaderías más pesadas y los adolescentes se enfrentan con la policía y los comerciantes” (Iñigo Carrera y Cotarelo, 2006: 66).

Como Auyero, se refieren a la participación de “elementos externos” y de la policía, la cual que habría tenido un rol importante en la difusión de rumores.

A la vez, descubren que los saqueos “son menos relevantes donde existe mayor organización formal entre los pobres (en asentamientos u organizaciones piqueteras): los desocupados así organizados participan, principalmente antes del 19, manifestando para reclamar comida frente a grandes hipermercados, pero sin saquear” (Iñigo Carrera y Cotarelo, 2006: 67).

En la descripción de los hechos, determinan también la cantidad y tipo de acciones con confrontación; hallando que las mismas se concentran los días 19 y 20, incluyendo choques con la policía y comerciantes, apedreos y tiroteos. Aunque relativamente pocos, los episodios que incluyen lucha callejera constituyen según los autores un rasgo particular que hace a la naturaleza del hecho investigado: *¿qué implica la disposición al enfrentamiento*



*con la policía, en su calidad de expresión del sistema institucional?* De acuerdo a las fuentes relevadas, estos choques se habrían producido en el marco de los saqueos y con el objetivo de apoderarse de mercaderías, no de expresar cierto reclamo o protesta. En este sentido, las acciones no tienen un carácter político y no constituyen lucha: el enfrentamiento con la fuerza armada del gobierno se desprende de la disposición a realizar el saqueo. Por ello, las acciones que incluyeron manifestaciones explícitas contra la política económica y el gobierno nacional, terminaron diluyéndose al no superar los saqueos y reclamo de alimentos. “Es por eso que a este aspecto del hecho investigado lo conceptualizamos como revuelta: ‘la más inconsciente forma de protesta [...] que se encuentra por debajo de la escala en que comienza la lucha de la clase obrera, en la que prevalece el elemento ‘espontáneo’, donde lo característico es la tendencia a la dispersión de las acciones y los choques entre particulares, sin llegar a focalizarse sobre las instituciones del gobierno o del estado’ (Iñigo Carrera et al., 1995: 67)” (Iñigo Carrera y Cotarelo, 2006: 72).

Sin embargo, el trabajo de investigación registra en algunos saqueos y choques callejeros un elemento que no habría existido en los saqueos de 1989 y 1990, conceptualizados como “revuelta”: “el primer objetivo (apoderarse de comida) es reemplazado por el resentimiento u odio y el deseo de venganza contra los que tienen, la policía o alguna institución gubernamental.” Esta afirmación se fundamenta en el relevamiento realizado, presentando varios casos en diferentes provincias a modo ilustrativo.

En todas estas acciones, al igual que en la revuelta, prevalece el elemento espontáneo, pero aparece el rasgo, a veces principal, del odio y la venganza. Pueden dejar de ser sólo choques entre particulares para focalizarse sobre instituciones del gobierno del Estado. Es por eso que consideramos que aquí aparece un elemento de motín: levantamiento espontáneo de gente oprimida que busca venganza. Tampoco constituye lucha, aunque se encuentra en el umbral de esta, porque no hay elección del momento en que va a producirse y está en un nivel de conciencia más bajo que cualquier tipo de hecho sistemático (Iñigo Carrera et al., 1995). En síntesis, conceptualizamos el quinto momento del hecho investigado como revuelta con elementos de motín (Iñigo Carrera y Cotarelo, 2006: 75)

En este marco, Iñigo Carrera y Cotarelo se refieren al sujeto que protagoniza este momento.

[Los pobres] son los que no acceden a los medios de vida necesarios para reproducir su existencia. Si sus acciones se limitan, como es este el caso, a expresar su condición de hambrientos, la forma más alta de su rebelión es la revuelta con elementos de motín. Si

aplicamos el término insurrección para aludir a la forma más alta de rebelión a que llega una capa social librada a su acción espontánea en tanto tal, podemos considerar a este momento como la insurrección de los hambrientos (Iñigo Carrera y Cotarelo, 2006: 75).

El miércoles 19 a la noche (sexto momento) es cuando comienzan las manifestaciones de masas. Se producen “cacerolazos” en las principales ciudades del país. La rebelión se mantiene fuera del sistema institucional, rechazando de hecho el estado de sitio. Este momento es conceptualizado como “manifestación pacífica de masas” y abre camino a la lucha callejera de masas que se dará al día siguiente.

El jueves 20 (séptimo momento), está marcado por el combate callejero en el centro de Buenos Aires y es conceptualizado como “insurrección espontánea”. En resumen,

...los rasgos de este momento son: desaparece la movilización de las fracciones sociales en tanto tales (descorporativización) para constituirse una situación de masas; hay disposición al enfrentamiento por parte de las masas; y se concentran los instrumentos de lucha utilizados en todo el proceso de la rebelión (1989-2001).

(...) Los que se expresan en ese enfrentamiento son los excluidos del poder político y su meta es democrática, en el sentido de buscar influir sobre el gobierno del Estado para poder imponer sus intereses. (...) Perfilan como su enemigo a la oligarquía financiera y los cuadros políticos de esta en ejercicio del gobierno. Su meta es revertir o superar las políticas implementadas en Argentina durante el último cuarto de siglo y sus efectos sobre la sociedad: centralización de la riqueza, proletarización y pauperización de masas de población. En este sentido, y aunque no siempre sea explícito (y en muchos de ellos ni siquiera consciente), la meta que está potencialmente presente es la transformación de raíz de la sociedad (Iñigo Carrera y Cotarelo, 2006: 86).

El hecho en su conjunto se prolonga desde el 13 al 20 de diciembre, ubicándose en la escala de rebelión como “insurrección espontánea”. Los saqueos –revuelta/revuelta con elementos de motín- son comprendidos en este marco, por lo que resulta pertinente finalizar este apartado con la fundamentación de la conceptualización del hecho como unidad entendido, al mismo tiempo, en un ciclo de lucha que tiene como antecedente la revuelta de 1989-1990 y comienza con el motín de Santiago del Estero de 1993.

El hecho investigado contiene y, a la vez, supera todas las formas de rebelión (revuelta del hambre, motín, manifestación, toma o barricada, huelga) presentes en los doce años posteriores a la revuelta de 1989 (...) se desarrolla combinando formas espontáneas y formas sistemáticas de lucha y va conformando una fuerza social (cualquiera sea su grado de constitución) desde las estructuras económico sociales caracterizadas por la presencia de población agrícola, de superpoblación inserta en el empleo estatal o de capitalismo en enclaves, hacia el centro del capitalismo argentino. Los hitos de este ciclo son la lucha callejera en varias capitales provinciales en 1995, la toma y defensa de una posición con barricadas en Cutral-Có y Plaza Huincul en 1996 y 1997 (Klachko, 2002), en General Mosconi y Jujuy en 1997 (Gómez y Kindgard, 2002), en Corrientes en 1999 (Klachko, 2003), en Tartagal-General Mosconi en 2000 y 2001 y en el Gran Buenos Aires en 2001

(Iñigo Carrera y Cotarelo, 2001a); en ese proceso, las huelgas generales (Iñigo Carrera, 2001), la Marcha Federal en 1994 y las Jornadas Piqueteras en 2001 constituyen momentos de articulación nacional. Tanto el desarrollo de las formas de lucha como el proceso de formación de fuerza social indican que el hecho de diciembre se encuentra dentro de ese ciclo de enfrentamientos sociales que recorre de lo local a lo nacional, culminando cuando, con el estallido de la crisis económica, todas las fracciones y capas sociales se movilizan en forma simultánea y en todo el territorio nacional. (Iñigo Carrera y Cotarelo, 2006: 88)

El hecho en su conjunto es conceptualizado como “insurrección espontánea” que, por su fisonomía tiene las características de *nacional*, no sólo por una cuestión territorial, sino porque toda la nación se vio involucrada y porque en las acciones callejeras fueron blancos privilegiados instituciones visualizadas como “símbolos del imperialismo”. Es también *popular*, en tanto expresaría el interés de los excluidos del poder político; y *democrático*, porque las fracciones sociales involucradas pretenden influir en lo público en defensa de sus intereses inmediatos; dándose en este proceso sus propias formas de acción y organización. El hecho como unidad es más que las sumas de sus partes: “En tanto forma, la insurrección espontánea propiamente dicha es el combate en Buenos Aires, pero observado en su desarrollo, el hecho todo es insurrección espontánea: sin el combate en Buenos Aires no habría insurrección, sin todo lo que precede al combate tampoco hubiera habido insurrección.”

### **3. Elementos para un análisis comparativo de los trabajos de Auyero e Iñigo Carrera sobre los saqueos de 2001.**

En este apartado, analizaremos los enfoques de cada autor a partir de preguntas disparadoras que permitan avanzar en su caracterización.

#### ***¿Qué preguntas-problemas plantean?, ¿cómo delimitan el objeto?***

El autor distingue entre “objeto empírico” –pico de violencia colectiva en saqueos de 2001- y “objeto analítico” –“zona gris”-. El mismo sostiene que los saqueos no son parte del pasado y que se presentan en tanto *estallidos* en diferentes contextos. En este sentido, se refiere por ejemplo a los saqueos en California (EEUU) luego del huracán Katrina, una “sociedad avanzada”.

Para Iñigo Carrera el objeto de estudio es la “rebelión” y el proceso de constitución de fuerza social popular en el ciclo de lucha iniciado en 1993 en la Argentina. En este caso, el autor estudia las manifestaciones sociales del 13 al 20 de diciembre de 2001 como una “unidad”. Específicamente con los *saqueos*, Iñigo Carrera parte de entender remiten a formas de protesta propias de períodos pre-capitalistas. De esta manera, se pregunta qué expresa su presencia en la sociedad contemporánea. El contexto socio histórico es, desde el comienzo, un elemento fundamental para comprender estos episodios.

### ***¿Qué diseño metodológico proponen?***

Auyero realiza un relevamiento sistemático de fuentes secundarias (diarios nacionales, provinciales, locales; informes periodísticos), observando los episodios a partir de la operacionalización de la noción “saqueo”. Este relevamiento caracteriza la distribución territorial de los hechos en el país.

A partir de la delimitación de dos zonas en Moreno y La Matanza, realiza entrevistas en profundidad y charlas informales con saqueadores, espectadores, comerciantes, dirigentes y funcionarios políticos.

Iñigo Carrera también recurre al relevamiento sistemático de fuentes secundarias desde 1993, registrando hechos de rebelión. A diferencia de Auyero, que sostiene que de una descripción rigurosa se desprendería la explicación; Iñigo Carrera se propone además de *describir y periodizar* los hechos, *conceptualizarlos*.

### ***¿Cómo definen al sujeto que lleva adelante las acciones?***

Auyero no desarrolla una definición precisa del sujeto social que lleva adelante las acciones de saqueos. De hecho, al hacer referencia a la presencia de este tipo de episodios en diferentes contextos socio-históricos, de alguna manera no está asociando estos saqueos a fracciones sociales o poblaciones definidas. Sin embargo, en ocasiones se refiere a los “pobres urbanos” como actor protagonista. El autor concentra la mirada en los “saqueadores”, los “punteros políticos” y la policía y, en un segundo plano, los comerciantes saqueados y los testigos de los hechos.

Para Iñigo Carrera, el sujeto de la rebelión es la clase trabajadora en su conjunto y fracciones de la pequeña burguesía. Específicamente en el caso de los saqueos, define una capa entre los trabajadores: los pobres.

### ***¿Qué observan?, ¿qué aspectos y actores priorizan?***

Auyero observa las acciones y opiniones de quienes llevan adelante los saqueos. Su mirada se dirige a describir la dinámica interna de los saqueos, atendiendo especialmente a las relaciones (“ocultas” o no) que se tejen y sus significados. Se refiere así a las interacciones de los saqueadores entre sí y las condiciones de su actuación en “grupo”, de los saqueadores con los punteros políticos y la policía; concentrándose en describir la violencia y en relevar las explicaciones que los propios actores hacen de la misma.

Por otro lado, Iñigo Carrera coloca su atención en los enfrentamientos sociales y en las condiciones de constitución de “fuerza social” en una determinada disposición de fuerzas objetivas y correlación de fuerzas. Concretamente, observa la situación en la que se producen los hechos de rebelión, los sujetos que los llevan adelante, sus metas, objeto, tipo de acción, grado de organización y autoconciencia, su vínculo con el sistema institucional, etc. De esta manera, el eje está puesto en lo que *los sujetos hacen* y no en lo que *dicen que hacen*.

### ***¿Qué conceptualización hacen de los hechos?, ¿cómo los nombran?***

Auyero se refiere a los saqueos de 2001 como explosiones de violencia colectiva en los que, junto a los saqueadores, participaron actores como los punteros políticos, con trayectoria en la distribución de alimentos y otros recursos entre los “pobres urbanos”. El autor considera que su análisis de los saqueos de 2001 permite plantear ciertas “afirmaciones analíticas” para arrojar luz sobre otros casos de saqueos:

Los analistas interesados en la revoltosa América Latina de las dos últimas décadas ciertamente harían bien en observar las *condiciones estructurales de fondo* y la manera en que se articulan con las condiciones locales. Pero si el analista fuera a adoptar el enfoque de la violencia colectiva de este libro, también debe: a) revisar las *bases relacionales* y la *dinámica interactiva* de los episodios identificando atentamente los mecanismos (y su secuencia) en funcionamiento y b) escudriñar las *conexiones* (posibles) *entre autores del daño, autoridades y actores políticos establecidos* (Auyero, 2007: 197).

De esta manera, la conceptualización de los hechos se construiría a partir del estudio de los mecanismos e interacciones que se dan (inmediatamente) *antes, durante y después* de los episodios de violencia colectiva. Las condiciones estructurales se presentan como un antecedente, pero no se incluyen en la explicación sugerida.

Iñigo Carrera comprende a los saqueos de 2001 en el marco de una unidad mayor que conceptualiza como “insurrección espontánea”. A partir de la periodización y descripción, el autor se propone ubicar estos hechos en una *escala* de rebelión. En este sentido, entiende a una parte de los saqueos como “revuelta” (lo que aún no constituye *lucha*) y, hacia los últimos días, “revuelta con elementos de motín”, cuando se identifican elementos que exceden a la disposición de apropiación de mercadería, vinculándose a un odio o sentimiento de venganza no organizado que tiene como objetos a instituciones gubernamentales, policía, bancos y cadenas extranjeras. Nos encontramos aquí en el escalón más bajo de la rebelión. Como vimos, teniendo en cuenta el sujeto que lleva adelante estas acciones –los pobres-, el hecho también puede denominarse “insurrección de los hambrientos”.

Ahora, a partir de la consideración de los aportes de cada autor a la luz de las preguntas colocadas, es posible plantear ciertas conclusiones.

Consideramos que el enfoque sustentado por Auyero no es preciso en la *definición del sujeto* y, en vinculación con esto, no *sitúa históricamente* los hechos de violencia colectiva estudiados, cayendo en la abstracción. Sin embargo, al profundizar reconocimiento de significados y sentidos de las prácticas que los pobres emprenden para sobrevivir, supera visiones simplistas y superficiales que entienden que los pobres que participan de redes clientelares entregan su apoyo a los punteros políticos a cambio de ciertos recursos, sin ningún tipo de mediación, observando únicamente el plano explícito de los intercambios. Al mismo tiempo, aporta con su riquísimo trabajo de campo a conocer y describir la dinámica, tipo de participación, sentidos y opiniones de los actores; pero no logra una conceptualización y/o explicación precisa.

Nos preguntamos si concentrarse en la descripción de los *intercambios entre actores* a un nivel *micro*, constituye un recorte metodológico, necesario en las investigaciones científicas, o una definición teórica. El hecho de que el eje sea colocado en el estudio de la *dinámica interna*, las *acciones y sentidos* de los *agentes*, ¿justifica relegar teóricamente el análisis del contexto socio-histórico?

Por su lado, Iñigo Carrera explicita su punto de partida teórico. Metodológicamente, parte de la construcción de un sistema de problemas para luego *describir, periodizar y conceptualizar* los hechos, lo que implica ubicarlo en la *escala de lucha de la clase obrera*. Entendiendo que las clases sociales se constituyen en la lucha, sostiene que es necesario observar los enfrentamientos sociales. Estos tendrían lugar en un determinado ciclo, período, momento. En el caso analizado, el ciclo de enfrentamientos sociales se iniciaría en diciembre de 1993 (con el *motín* de Santiago del Estero, teniendo como antecedentes los saqueos *–revuelta–* de 1989).

Como vimos, el sujeto se encuentra claramente definido. En el caso de los hechos de diciembre de 2001 como unidad se trata de las distintas capas de la clase trabajadora y fracciones de la pequeña burguesía. Específicamente en los *saqueos*, el sujeto principal son los *pobres*.

Es interesante recuperar en este punto el contraste que el propio Iñigo Carrera plantea entre el enfoque de “acción colectiva” propuesto por Tilly con el suyo.

Esa concepción, que orienta hoy muchas investigaciones realizadas por sociólogos e historiadores, tiene como objeto a conjuntos de individuos y sus motivaciones, tomando en cuenta *intereses, organización, movilización (control de recursos), oportunidad y acción colectiva*. El nuestro, más bien, es la sociedad en movimiento, con los consiguientes procesos de confrontación (y alianzas) entre las clases que la componen. (...)

En síntesis, esta orientación teórica pretende investigar la rebelión analizando las formas abstractas en las que actúa un sujeto abstracto (gente). Considera que los individuos se agrupan de diferentes maneras de acuerdo con distintos intereses, sin atender al lugar de las clases sociales como constitutivas de la sociedad. Partir de conjuntos de individuos (gente) como constituyentes de los actores colectivos, y no de las clases sociales como constituyentes de los individuos, permite explicar su “confianza en Mill” (Tilly, 1978: 48), lo que se refleja en la observación de motivaciones individuales más que en las tendencias (leyes) que rigen el movimiento de la sociedad.

Este rechazo a considerar la centralidad de las clases sociales conduce a un análisis fraccionante de la sociedad. Y este es su punto de intersección con las *teorías de los nuevos movimientos sociales* a las que nos referimos al comienzo de este trabajo. Es la pérdida de centralidad de las clases sociales, en un análisis que coloca en pie de igualdad a cualquier *movimiento social*, lo que explica por qué no se ha podido dar cuenta de la centralidad de la clase obrera en la rebelión de los noventa (Iñigo Carrera, 2008: 83-84).

Entendemos que las críticas planteadas a Tilly valen en general para Auyero. A diferencia de este último, Iñigo Carrera permite superar análisis coyunturales y hacer foco en lo que expresa la aparición de hechos como los saqueos en la Argentina contemporánea. Las formas de protesta como los cortes de rutas, por ejemplo, y el crecimiento de la

participación de sectores pobres y desocupados, más que llevar a decretar lo *novedoso* o *no convencional* de estas formas, está expresando una determinada situación en el desarrollo del capitalismo en el país.

Finalmente, a partir de lo desarrollado en el trabajo, nos preguntamos: *¿qué organización puede desplegarse cuando “no hay nada que perder”?, ¿qué relaciones pueden establecerse con otros actores (Estado, movimiento obrero, etc.), ¿qué implicancias puede tener en el devenir histórico la permanencia y crecimiento de la “población sobrante a los fines del capital”?*

#### **4. Bibliografía.**

Antunes, Ricardo (2005), *Los sentidos del trabajo. Ensayo sobre la afirmación y la negación del trabajo*. Buenos Aires, Herramienta -Taller de Estudios Laborales.

Auyero, Javier (2007), *La zona gris. Violencia colectiva y política partidaria en la Argentina contemporánea*, Buenos Aires, Siglo Veintiuno Editores.

Auyero, Javier (2004), “¿Por qué grita esa gente?” en *América Latina Hoy*, N° 63, pp. 161-185, Ediciones Universidad de Salamanca.

Auyero, Javier (2001), *La política de los pobres. Las prácticas clientelistas del peronismo*, Buenos Aires, Manantial.

Farinetti, Marina (2002) “La conflictividad social después del movimiento obrero” en *Nueva Sociedad* N°182, Disponible en: [http://www.nuso.org/upload/articulos/3088\\_1.pdf](http://www.nuso.org/upload/articulos/3088_1.pdf)

Gramsci, Antonio (1990), “Análisis de las situaciones. Relaciones de fuerzas”, en *La Política y el Estado moderno*. Puebla, Premia.

Hintze, Susana (2004), “Capital social y estrategias de supervivencia. Reflexiones sobre el capital social de los pobres”, en *Política social y economía social. Debate fundamentales*, Buenos Aires, UGS/Fundación OSDE.

Iñigo Carrera, Nicolás (2013), “La clase obrera en E.P. Thompson y en Karl Marx”, en *Rey Desnudo*, N° 3, Suplemento especial: Jornadas interdisciplinarias ¿Qué hacer con E.P. Thompson?, 27 y 28 de junio de 2013, Universidad Nacional de Quilmes.

Iñigo Carrera, Nicolás (2012), *La estrategia de la clase obrera. 1936*, Buenos Aires, Imago Mundi.



Iñigo Carrera, Nicolás (2008), “Algunos instrumentos para el análisis de las luchas populares en la llamada historia reciente” en *Luchas contrahegemónicas y cambios políticos recientes de América Latina*, compilado por Margarita López Maya; Nicolás Iñigo Carrera; Pilar Calveiro. - 1a ed. - Buenos Aires, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales - CLACSO, 2008. (Grupos de trabajo de CLACSO)

Iñigo Carrera, Nicolás y Cotarelo, M. Celia, (2006), “Génesis y desarrollo de la insurrección espontánea de diciembre de 2001 en Argentina” en Gerardo Caetano (comp), *Sujetos sociales y nuevas formas de protesta en la historia reciente de América Latina*, Buenos Aires, CLACSO.

Iñigo Carrera, Nicolás y Cotarelo, M. Celia, (2003), “Argentina, diciembre de 2001: hito en el proceso de luchas populares” en *José Seoane: Movimientos sociales y conflictos en América Latina*, Buenos Aires, CLACSO-Programa OSAL. Disponible en: <http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/osal/seoane/inigo.rtf>

Iñigo Carrera, Nicolás y Cotarelo, M. Celia, (2001), “¿Revuelta o motín? Rosario y General Sarmiento, 1989” en *Documento de Trabajo* N°32, Buenos Aires, PIMSA.

Iñigo Carrera, N., Cotarelo, M. C., Gómez, E. y Kinygard, F., (1995) “La revuelta. Descripción y conceptualización”, Mimeo, Buenos Aires, PIMSA.

Kessler, Gabriel; Svampa, Maristella; González Bombal, Inés –coord- (2010), *Reconfiguraciones del mundo popular. El Conurbano Bonaerense en la postconvertibilidad*, Buenos Aires, UNGS, Promoteo.

Klachko, Paula (2007), *La forma de organización emergente del ciclo de rebelión popular de los '90 en Argentina*, Tesis Doctoral, La Plata, UNLP-FaHCE. Disponible en <http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/tesis/te.180/te.180pdf>

Rudé, George (1981) *Revuelta popular y conciencia de clase*, Editorial Crítica, Barcelona.

Tilly, Charles (1978), *From mobilization to Revolution*, New York, Random House.